

Bésame macho

de Pedro Manuel Villora

Alberto Miralles

Bésame macho

de
Pedro Manuel Villora
Edición:
Centro de Documentación
Teatral.
Madrid, 2001



Tengo un ejemplar de *Bésame macho* dedicado por su autor: “A Alberto Miralles, con la esperanza de que no me considere demasiado a la moda”. La ironía de Villora (que afortunadamente aún no es sarcasmo) se orienta hacia el debate sobre la alternativa que tantas veces hemos sostenido y en el que nunca acabamos de estar de acuerdo. Porque éste es ya un movimiento consolidado y puede hablarse de él con ejemplos suficientes, sin que la crítica a alguno de ellos se interprete como una enmienda a la totalidad. Entre los muchos temas que es necesario clarificar en ella, están los de la moda a que aludía Villora y la identificación entre alternativa y juventud.

Todos los autores alternativos son jóvenes, pero no todos los jóvenes son alternativos. Este Premio, para autores que no hayan estrenado más de dos obras, casi siempre lo han ganado jóvenes que después se han relacionado con las salas alternativas, pero también lo ganó en 1986 Andrés Ruiz, nacido en 1928.

Villora es joven (estado transitorio) pero sólo es alternativo cuando quiere, lo cual demuestra un sabio dominio de la técnica.

No quiso ser alternativo, por ejemplo, al escribir *Amado mío o La emoción artificial*, donde primaba un poderosísimo lenguaje culto envolviendo la hondura psicológica de los personajes de una compleja familia. Pero con *Bésame Macho* sí ha querido acercarse al rompimiento sistemático de la construcción tradicional, no deseando contar ninguna historia. Lo que se dice es menos importante que la manera de decirlo.

El riesgo de su propuesta es fascinante porque se entiende como una audacia casi suicida. El lector puede enloquecer si no comprende pronto que todo es un sabio juego de ambigüedades, donde la repetición controlada es la clave del absurdo. Aquí, Villora ha querido mantener las distancias con la moda y parece dinamitar los jueguecitos retóricos de algunas obras alternativas que, para serlo, repiten un

esquema, y ha llegado a un más allá, retorciendo y ampliando todas las posibilidades que hasta ahora se habían insinuado.

También el lenguaje posee una medida estratégica: hay de todo para demostrar dominio, aunque nunca demasiado para evitar que la brillantez deslumbre, pero no ilumine. Desde el juego homofónico del título —macho por mucho, en referencia al bolero de Consuelo Velázquez— a preguntas sin respuesta, calambures, paradojas, diálogos casi minimalistas e impregnándolo todo, un humor no por absurdo menos eficaz.

El obsesivo mundo creado por sus dos equívocos personajes —¿hombres, mujeres?— nos llega a producir angustia y nos sumerge en el misterio, porque cuando parece que estamos llegando a una conclusión, el autor da una vuelta de tuerca a los diálogos y nos provoca el desconcierto, repitiendo las mismas frases y proporcionando intensidad con las reiteraciones. Yo, lo confieso, llegué a creer que había un error en la compaginación del libro y tuve que empezar a leerlo de nuevo.

La clave última del texto la tiene el propio autor, el cual, aviesamente, ha suprimido las acotaciones, por eso Adolfo Marsillach en el inteligente prólogo a la edición del Centro de Documentación Teatral, no hace sino formular preguntas porque las certezas no son posibles. Cuando un texto no puede aprehenderse del todo, estamos en el terreno del desasosiego que produce la vanguardia, poniendo en juego nuestra imaginación.

La obra obtuvo el *Premio Nacional de Teatro Calderón de la Barca* en la convocatoria del año 2000. El jurado, presidido por Andrés Amorós, estaba compuesto por Cristina Santolaria, Antonio Garde, José Luis Miranda, Helena Pimenta, Ignacio Amestoy, José Ramón Fernández y Alberto de Casso Basterrechea. Creo que en su fallo a favor de Villora debió de pesar que *Bésame macho* sea un texto sugerente, abierto a interpretaciones distintas, tanto actorales como de escenificación. Ahí reside la riqueza de su propuesta. ■